

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO, EN PIEDRA. NOCIÓN DE CIUDAD Y QUEVEDO COMO EMBLEMA MADRILEÑO EN LA LÍRICA DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO, EN PIEDRA.
THE CONCEPT OF CITY OF JOSÉ ÁNGEL VALENTE
IN POEMAS A LÁZARO

José Andrés CALVO RODRÍGUEZ
Universidad de Alcalá

Resumen

Este artículo analiza la huella que dejó en la poética de José Ángel Valente su estancia en el Madrid de finales de los años cuarenta y principio de los cincuenta. Concretamente, se toma el poema a la estatua de Quevedo, perteneciente a *Poemas a Lázaro*, para encauzar las reflexiones previas en torno a conceptos fundamentales de la poética de José Ángel Valente tales como: exilio, ausencia y no presencia, poeta en tiempo de miseria, anonimato, etc. De este modo, sirviéndose el orensano de la *similitudo temporum*, se proyecta a través de la figura de Quevedo el sentir de Valente sobre Madrid y sobre sí mismo como individuo en la ciudad.

Abstract

This article analyzes the mark left on the poetry of José Ángel Valente your stay in Madrid in the late forties and early fifties. Specifically, the poem takes the statue of Quevedo, belonging to *Poemas a Lázaro*, to channel previous reflections about fundamental concepts of Jose Angel Valente's poetic such as exile, absence and presence, misery-time poet, anonymity, etc.. Thus, using Valente of *similitudo temporum*, is projected, through the figure of Quevedo, the feel of Valente on Madrid and himself as an individual in the city.

Palabras clave: José Ángel Valente – Francisco de Quevedo – *Poemas a Lázaro* – *A don Francisco de Quevedo, en piedra* – *Similitudo temporum* – *Anonimato*

Key words: José Ángel Valente – Francisco de Quevedo – *Poemas a Lázaro* – *A don Francisco de Quevedo, en piedra* – *Similitudo temporum* – *Anonymity*.

José Ángel Valente es un poeta que ha sentido fascinación por la ciudad: Orense, Santiago de Compostela, Madrid, Oxford, Ginebra, París y Almería pueden considerarse urbes que han forjado su experiencia personal y que han configurado su disposición intelectual y espiritual hacia la poesía. Indudablemente, en el Madrid de la década de los cincuenta, Valente, que llegó a la capital de España en 1947, se encuentra con la gran ciudad que es Madrid y rápidamente se inmiscuye en la vida cultural madrileña del momento a través de revistas como *Índice*, *Ínsula* o *Espadaña*¹. También fueron muy importantes para el joven Valente la Residencia de Estudiantes y el Colegio Mayor Cardenal Cisneros para mantenerse vinculado a la república de las letras madrileña, en la que Valente encuentra una situación polarizada entre garcilasistas y espadañistas, entre poesía de la comunicación y poesía del conocimiento, como también entre la poesía descarnada y simbolista de los existencialistas y la poesía urbana del incipiente grupo de los poetas de Barcelona. Sobre estos pormenores, escribe Valente:

11 DE ABRIL DE 1990. Dice (en *El Independiente*, 22 de marzo de 1990) el bueno de Ángel González que conoció a Barral en 1955. Yo los había conocido a todos antes. En esas fechas, yo me fui a Inglaterra y ya no volví. De su encaje en la llamada generación del 50 escribe: «Podría decirse de nosotros que teníamos una forma parecida de vivir y de beber, cosas ambas que unen mucho». Ni en el vivir ni en el beber tuve nunca nada en común con ese grupo.²

A mediados de los cincuenta Valente abandona Madrid y, tras su estancia en Oxford hasta 1957³, se afincó en Ginebra en 1958, siendo en esta última donde, sin lugar a dudas⁴, el poeta orensano encontró un espacio más propicio

(1) A pesar de no ser una revista matritense, se incorpora a *Espadaña* entre las revistas madrileñas por su notable influencia en el universo poético madrileño a partir de 1944.

(2) VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo (1959-2000)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, pág. 268.

(3) Sobre su periplo en Oxford, declaraba Valente: «Pero debo decir que el elemento principal para mí, en Oxford, fue don Alberto Jiménez Fraud. Don Alberto me puso en contacto con una historia española que yo desconocía, porque yo había sido apartado de esa historia, de ahí la importancia que tiene mi encuentro con Jiménez Fraud. Don Alberto es como una figura paterna, yo soy un poco hijo de don Alberto [...] Yo siempre creí que la presencia física no era necesaria, que lo importante era la presencia creadora. Cuando me fui a Oxford, aún tengo la carta de presentación para don Alberto Jiménez Fraud que me hizo Vicente Aleixandre, que era bastante amigo mío y que me recomendaba a Don Alberto y todo eso, recuerdo que Vicente me dijo: «Está bien que vayas a Oxford, además en Cambridge estuvo Cernuda, y puede ser interesante, vas a aprender mejor inglés y todo eso, pero no estés mucho tiempo fuera porque en este país cuando uno se va, lo olvidan». Decidí que no me importaba que me olvidaran, que la presencia no es una presencia física, que la presencia es una presencia de tipo literario» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente: “No creo que yo exista completamente”», *ABC Cultural*, 22/07/2000, pág. 8).

(4) Sobre sus motivos para ir a Ginebra, declaraba Valente: «Yo tenía ya una familia y no tenía un salario muy bueno en Oxford. Entonces me propusieron lo de Ginebra y pagaban muy bien. Estaba pensando en ese momento en retornar a Madrid para hacer oposiciones a cátedra, pero eso suponía lo que suponían las oposiciones entonces y ahora, que era subirse al carro de un maestro, hacerle la *pelotilla*, hacer de criado de él y que él te apoyara para hacer las oposiciones. Entonces, en ese momento, me llamaron de Ginebra, concretamente de la Organización Mundial de la Salud, que estaba estableciendo su sección de español. Claro que pensé que aquello interrumpía mi carrera universitaria, esto era evidente, y aquello a mí me

para su palpitar poético y para la consolidación de lazos de amistad con otros intelectuales y escritores, como Max Aub⁵, Calvert Casey⁶ o María Zambrano, que tan hondamente ha calado en la poética del orensano, como también su amistad con Lezama Lima tras el viaje de Valente a Cuba en 1967⁷, una amistad inmortalizada en una viva correspondencia que mantuvieron ambos escritores⁸. En 1981 se traslada a París para trabajar como traductor en la UNESCO⁹ y en

producía un poco de mala conciencia. Pensé que a lo mejor podía quedarme dos años o tres y ganar un poco de dinero y regresar a Madrid, y seguir con mi tesis. La nueva tesis que había proyectado en Oxford, de la que publiqué algún fragmento, trataba sobre la influencia de la literatura española en la literatura inglesa del siglo XVII. De manera que me trasladé a Ginebra en el supuesto de que estaría unos tres años, para ganar un poco de dinero, y me quede veinticinco» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 8).

(5) Sobre Max Aub, opinaba Valente: «A Max Aub lo vi bastante, era un hombre encantador, muy buena persona, pero claro, lo traté mucho menos que a Jiménez Fraud, con quien ya me había relacionado mucho en Oxford, o que a María Zambrano. Con Max Aub tuve encuentros más fugaces» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 8).

(6) Sobre Casey, explicaba Valente: «Tuve una relación muy intensa con Calvert Casey. Era una persona encantadora y fuimos muy amigos. Admiro mucho su escritura. Sus cuentos me parecen extraordinarios. Pero él siempre decía que no escribía para ser leído, que escribía para ser querido, y creo que era verdad. Tuvo una experiencia muy difícil en Cuba. Primero se incorporó a la Revolución, pero claro, inmediatamente empezó la represión de los homosexuales, y como él era homosexual, tuvo que exiliarse. Nos hicimos muy amigos. De hecho, yo hice la edición de Molinos porque empecé a leer su *Guía espiritual* precisamente con Calvert Casey [...] Decidí hacer una nueva edición con Calvert Casey. En ese momento murió su madre en Cuba, que era una de las cosas que lo hacía vivir, porque le podía mandar dinero y... quedó como desatado, sin vínculos con la realidad, con el mundo. Ahora bien, como teníamos tantos proyectos, nunca creí que se fuese a suicidar. Pero se fue a Madrid, estubo en la casa de Felicidad Blanc, la mujer de Leopoldo Panero, y luego se fue a Roma. Y poco después me llegó la noticia de su muerte. Era un hombre muy delicado, muy fino, además, cosa poco frecuente en la gente que escribe, que todos se creen genios, este hombre decía que lo que le importaba era provocar el cariño de alguien, que por eso escribía.» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 8).

(7) De sus impresiones sobre Lezama, declaraba Valente: «Mi encuentro con Lezama fue como un *coup de foudre*. Fui a ver a Lezama a su casa de Trocadero en La Habana. Quedé fascinado. Fui con José Manuel Caballero Bonald, que además fue quien me dijo que tenía que conocer a Lezama, porque era un hombre interesantísimo. Yo todavía no había leído *Paradiso*. Lezama empezó a hablar y yo quedé... Nunca había conocido una cosa semejante, era una fuerza de la naturaleza. Hablaba como escribía. Empezó a contar cosas y permanecí allí horas y horas. Era un hombre muy cordial y, además, me recibí muy bien. Era aplastante. Pero era divertidísimo. Yo tenía notas de esa primera conversación con Lezama. Por ejemplo, me acuerdo de que estuvo explicando el color de las cortinas de la sala de los Uffizi, donde está *La Nascita de Venere*. Pero él no había estado nunca en Florencia [...] Entonces estaba explicándome a mí, que había estado en los Uffizi varias veces, como eran las cortinas [...] Tenía un poder de imaginación increíble. Otra cosa que me explicó en esa larguísima velada fue el menú de Carlos V en la víspera de la batalla de Mühlberg. Porque a él las cosas de la cocina le interesaban mucho. No hace falta recordar la famosa comida de *Paradiso*. Él era muy sensual, de una sensualidad terrible [...] Era un personaje sorprendente. Debo decir que no conocía a nadie en el mundo nuestro peninsular de la altura de Lezama.» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 9).

(8) Existen dos libros que recogen esta correspondencia entre Valente y Lezama Lima: VALENTE, José Ángel; LEZAMA LIMA, José, *Maestro cantor: correspondencia y otros textos*, Sevilla, Espuela de Plata, 2012; JIMÉNEZ CARRERAS, Josefina (ed.), *Cartas desde una soledad. Epistolario: María Zambrano, José Lezama Lima, María Luisa Bautista, José Ángel Valente*, Madrid, Verbum, 2008.

(9) Relataba Valente sobre su traslado a París: «Fui a París en el año 81. Me ofrecieron el puesto de jefe del servicio de traducción española en la UNESCO. Pero París es terrible para estar allí todo el tiempo. Tiene un clima tremendo. Además, entonces tuve que convivir allí con muchos y desagradables problemas laborales, aunque también conocí a una persona tan querida y admirable para mí como el poeta argentino Juan Gelman [...]» (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 9).

1985 adquiere una casa en Almería, con la mediación de Juan Goytisolo, donde Valente descubre la luz del sur:

Así que llega un momento en que yo [es decir, Valente], después de esa experiencia climática [se refiere a su paso por países de clima frío], quiero ir a un sitio cálido. Además creo que también hay un elemento psicológico, pues en cierto momento uno busca la luz, es el *descenso* de Goethe a Roma, el país donde florece el limonero, es ese descenso de Goethe al sur de las *Elegías romanas*.¹⁰

El anonimato que se sufre en la ciudad inevitablemente afectó a José Ángel Valente, que todavía era muy joven cuando llegó a Madrid, y a pesar de que rápidamente el orensano se incorporó a la vida madrileña, la polarización y radicalización de las escuelas poéticas que pugnaban en Madrid no le otorgaron el protagonismo vital que, sin embargo, sí recibió en el plano cultural al obtener el Premio Adonais de poesía en 1954 con *A modo de esperanza*. Ostensiblemente, Madrid le otorga a Valente el anonimato que todo gran poeta en ciernes necesita de una gran capital, para que el poeta que estuvo germinando en su Orense natal, en Santiago de Compostela, donde estudió Derecho, y en Madrid, donde se licencia en Filología, pudiese desplegar sus alas hacia otras grandes ciudades como Oxford, París y, sobre todo, Ginebra, donde destaca su amistad con María Zambrano¹¹.

Ese *anonimato* madrileño engrandeció a Valente y le permitió tomar perspectiva respecto a las pequeñas cosas que suceden en una ciudad tan fascinante como Madrid, para desde aquí poner un pie en la tradición literaria española y europea ya afincado en Ginebra. Se debe pensar que este distanciamiento físico respecto a Madrid supuso un exilio exterior¹² del poeta que se sitúa extramuros de la ciudad para llevarla siempre en su memoria. A este respecto, escribe José Luis Pardo:

(10) RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 9.

(11) De cómo fue su relación con María Zambrano, explicaba Valente: «Pues casi familiar, porque hasta teníamos que llevarle comida para los gatos, cuando vivía en el Jura, ir por encima de la nieve con el riesgo de matarnos para alimentar a los «fodidos» gatos aquellos, era una cosa tremenda. Viví mucho esa relación con ella y con la hermana, Araceli, hasta el momento en que ésta empezó a enloquecer. Estaban cargadas de una tragedia terrible. Era una casa trágica verdaderamente trágica. Después María quedo sola, porque a su hermana hubo que trasladarla a Belair [...] Ella murió enseguida, y ya María quedo sola [...] Fue entonces cuando se planteó la cuestión de que se instalara en Ginebra. Primero vivió en Ferney-Voltaire, aún en Francia, y después ya en Ginebra. Cuando me fui a París armó mucho lío, porque era muy posesiva. Como he dicho muchas veces, era una mujer muy brillante, pero que no había digerido ese verso de la *Epístola moral a Fabio*: “Iguala con la vida el pensamiento”. Ella no igualaba la vida con el pensamiento, el pensamiento iba por un lado y la vida por otro. Era de una dureza con el prójimo terrible, además con el prójimo próximo. Ella no visibilizaba al prójimo, era una cosa terrible. Todo esto llevo a que cuando me fui a París se produjese una ruptura, que ella se considerase abandonada y que ya se terminase todo». (RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente...», pág. 8).

(12) Sobre algunas causas históricas de este exilio, apunta Jaime María Ferrán: «Los años cincuenta, la década en la que Valente comienza a escribir, [es] un período marcado por la dictadura franquista, la falta de verdadera libertad intelectual y las múltiples carencias económicas que, aunque no fuesen nunca tan extremas como en los años cuarenta, todavía persistían»; FERRÁN, Jaime María, «Historia y disidencia: el poema a la estatua de Quevedo de José Ángel Valente», *Romance Notes*, 49, 1 (2009), pág. 54.

Por haber sido protagonista privilegiado del exilio exterior, investigador esforzado de muchas lenguas, tradiciones y culturas, y al mismo tiempo conocedor íntimo de los variados exilios de la España interior, Valente gozaba, en cuanto a la memoria del pasado reciente, de una perspectiva de primera mano [...] En cuanto a la memoria del pasado cultural de las letras españolas y europeas, de una visión lo suficientemente desprejuiciada.¹³

Y, de alguna manera, Madrid siempre ha estado en la memoria del poeta orensano hasta que vuelve el trece de abril de 1989 a la Residencia de Estudiantes para rendir homenaje a su amigo Alberto Jiménez Fraud¹⁴ con ocasión del vigésimo quinto aniversario de su muerte, realizando un recital con sus poemas más emblemáticos y reflexionando en voz alta sobre el hecho poético.

Mil novecientos ochenta y nueve supone el reencuentro de Valente con Madrid y, a pesar de que se afincó en Almería en 1985 cuando decidió retomar contacto geográfico con España, el poeta orensano tuvo una agenda muy activa en Madrid durante los años noventa, especialmente desde 1996 hasta el año 2000, cuando unos meses antes de su fallecimiento, la Universidad de Alcalá le rinde homenaje. En este decenio de los noventa, la Residencia de Estudiantes fue el lugar escogido por Valente para volver a Madrid y para expresar su ideología poética y estética. Y, si en 1954 Madrid le otorgó a Valente el laurel del premio Adonais, en los años noventa Madrid le brinda el reconocimiento y el homenaje que Valente siempre había esperado de la capital española. Y, a modo de ilustración, sobre la primera estancia de Valente en Madrid y sobre su retorno en los noventa, se puede traer a colación la siguiente reflexión del orensano:

29 DE DICIEMBRE DE 1989. Llegar a ser, como quiere Gracián, igual a los ríos, «admirables por cierto en sus principios y fines; aquéllos con perennidad y éstos sin redundancia». (Estética.)¹⁵

Con perennidad en los principios y sin redundancia en los fines¹⁶ se vinculó José Ángel Valente a la ciudad de Madrid desde su primera estancia en los años cincuenta hasta su regreso en los años noventa. Con una continuidad incesable en los casi treinta y cinco años que Valente tarda en regresar a Madrid, el poeta orensano demuestra a la capital de España que en su largo devenir como poeta ja-

(13) PARDO, José Luis, *Fragmentos de un libro anterior*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2004, pág. 23.

(14) Recuérdese el poema titulado *Epitafio de Poemas a Lázaro*, que Valente dedica a Jiménez Fraud como homenaje.

(15) VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 261.

(16) Comenta Goytiso: «Valente opinaba con razón que ningún poder político, empresarial ni académico pueden convertir en poetas y escritores a quienes sólo son redundancia y eco» (GOYTISOLO, Juan; Aguinaga, Luis Vicente (eds.), *Ensayos sobre José Ángel Valente*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2009, pág. 71).

más ha buscado otro fin que devolverle a Madrid su lustre como ciudad de poetas, exponiendo en la Residencia de Estudiantes en 1989, 1996 y 1998 lo que significa la poesía para un poeta que siempre ha mirado a Madrid desde el lado exterior de sus murallas y sin ofrecer a sus lectores un eco redundante en sus fines. Y Madrid reconoce la deuda que tenía con José Ángel Valente y con muchos de aquellos intelectuales que se forjaron extramuros de la ciudad, para precisamente refundarla y restablecer el esplendor de una ciudad, como Madrid, donde la poesía siempre ha sido tan importante. A este respecto, escribe José Luis Pardo:

Creo que algo de esta exigencia era lo que se percibía en el resplandor de libertad que rodeaba la estampa de Valente en los jardines de la Residencia, aquella tarde de junio de 1996, cuando paseábamos en compañía de lo que suele llamarse “importantes nombres de la cultura”, nombres que, a su lado, parecían sentir una especie de molesta responsabilidad, como si su mera presencia les recordase una deuda no saldada que hubieran preferido olvidar, una deuda que no era principal ni exclusivamente *con* Valente, sino —por así decirlo— con todo un cortejo de muertos (a veces muertos en vida) de cuyas quejas la voz del poeta era depositaria.¹⁷

Indudablemente, Valente hizo uso de la ausencia durante los treinta y cinco años en los que se mantuvo alejado de Madrid, pues, siguiendo el *Oráculo* de Gracián sobre el uso de la ausencia¹⁸, si su presencia en el Madrid de los años cincuenta no fue todo lo fructífera que Valente hubiera deseado, sin embargo, su ausencia sí lo fue; y, en los años sesenta y setenta, Valente se consolida como poeta y como intelectual en Ginebra¹⁹, pero es en Madrid donde se acrecienta el respeto y la estima que el Parnaso madrileño comienza a tener hacia el poeta orensano. Y, si en los años ochenta, los novísimos y los poetas de la experiencia tienen como referente a un Valente culturalista y costumbrista respectivamente, en los años noventa, los metafísicos se girarán hacia el Valente místico y filosófico. Como no podía ser de otra manera, es marcadamente valentino que la no-presencia y el silencio le otorguen a Valente una presencia notabilísima en Madrid.²⁰ A este respecto, escribe Luis Vicente de Aguinaga:

(17) PARDO, José Luis, *Fragments de un libro...*, pág. 24.

(18) Recoge Valente el siguiente aforismo del *Oráculo* de Gracián: «282. *Usar de la ausencia*: o para el respeto o para la estimación. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta; el que ausente fue tenido por león, presente fue ridículo parto de los montes. [...] la fénix se vale del retiro para el decoro [...]» (VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 276).

(19) Sin embargo, Valente no se siente en deuda con Ginebra: «2 DE MAYO DE 1991. A comienzos de abril, el 5 creo, murió Max Frisch. Yo viví veinticinco años en Ginebra, a la que no debo absolutamente nada. Ni a la ciudad ni a sus gentes. En cambio, debo mucho a Frisch» (VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 287). Parece imposible evitar pensar que Valente otorga una especial relevancia al lugar vertical de la palabra sobre el lugar horizontal del mundo. Por esto, se puede decir que Valente entiende la ciudad como el lugar donde no estar, para que una elocuente ausencia acrecienta la fama y el respeto entre los ciudadanos del espacio urbano.

(20) En esta línea, apunta Jaime María Ferrán: «La presencia de la muerte – de lo que ha desaparecido y su impacto sobre el presente – es uno de los temas más logrados de toda la composición poética. El autor

Al silencio forzado, la experiencia poética y la mística opondrán entonces un silencio creador, y al exilio una legítima escapatoria.²¹

Ineluctablemente, Valente opta por ser el caballero que siempre está ausente de la tabla redonda, pues el mero hecho de su ausencia mueve el ánimo de sus iguales a recordar su presencia. Y qué acendrada perennidad en sus orígenes, pues Valente se marcha de Madrid como la única forma que encuentra para permanecer siempre en la capital de España. Y cuán encomiable su ausencia de redundancia en el final, pues vuelve a Madrid para enseñar qué es la palabra plena frente al manoseado logos de las academias y de los críticos. Además, hay que decir que vuelve a Madrid rondándole el cáncer, pero se marcha de España (otra vez) para morir en Ginebra y para evitar ser un eco redundante en el final. Valente en Madrid solo dejó su notoriedad, su fama y su grandeza ante las dificultades de la vida y ante la muerte. En este sentido, escribe José Luis Pardo:

Como si la finalidad del poeta fuera *ausentarse* del poema y aun morir en él, como si la palabra lograda fuese la palabra de un desaparecido.²²

No es en absoluto coincidencia que el hombre y el poeta asuman la ausencia o la no presencia como modalidad ética para reafirmarse en la ciudad y como modalidad estética para afirmarse en el poema, pues en ambos movimientos de huida del presente, tanto en la ciudad como en el poema, José Ángel Valente pretende llegar a ser él mismo vaciándose en un yo ausente, en un yo que es un siempre tú. El jaque a la mortalidad de Valente es el haber desaparecido de la ciudad, para permanecer inmortal en la palabra que funda la ciudad y que la perpetúa en un movimiento incesante de expansión de sus muros en la conciencia individual del poeta. Así, prosigue José Luis Pardo:

Este *procedimiento*, este “método Valente” se revela en una fórmula lapidaria: *Vivir es fácil. Arduo sobrevivir a lo vivido* [...] Vivir es fácil. ¡No es tan fácil! —protestamos. Al menos no siempre, no para todos [...] El sufrimiento y la muerte aparecen como objeciones contra la vida, como testigos de cargo contra esa afirmación tan cruel que declara alegremente la facilidad de la vida. *Vivir es fácil* [...] *Arduo sobrevivir a lo vivido*. Es como si nos dijera: si vivir os parece difícil, si os parecen duras las pruebas de la vida, si el sufrimiento y la muerte os parecen terribles es porque todavía no habéis visto nada, porque *todo eso no es nada* en comparación con lo verdaderamente difícil, con lo genuinamente arduo, que consiste en sobrevivir a lo vivido.²³

consigue contraponer conceptos como existencia y piedra, palabra y olvido, presente y pasado. La relación entre temporalidad y mortalidad es una de las cuestiones que dominan no sólo en esta composición sino en todo *Poemas a Lázaro*»; FERRÁN, Jaime María, «Historia y disidencia...», págs. 58-59.

(21) AGUINAGA, Luis Vicente de, en GOYTISOLO, Juan; AGUINAGA, Luis Vicente (eds.), *Ensayos...*, pág. 24.

(22) PARDO, José Luis, *Fragmentos de un libro...*, págs. 51-52.

(23) PARDO, José Luis, *Fragmentos de un libro...*, págs. 52-53.

Evidentemente, para Valente hubiera sido más fácil vivir en Madrid que sobrevivir a lo vivido en Ginebra. Es decir, si Valente no hubiese sido Valente, quizá le habría resultado más fácil vivir en Madrid, aceptando la palabra que imponían otros. Sin embargo, Valente eligió la ausencia de Madrid para buscar su propia palabra, la que treinta y cinco años después de marcharse de la capital viene a ofrecer a Madrid para que se vuelva a fundar como ciudad de poetas. Sin duda, el camino que escogió Valente no es un camino allanado ni una senda exenta de sinsabores. Por esto, afirma José Luis Pardo:

Vivir es fácil [...] quiere decir *sufrir es fácil, morir es fácil*... lo difícil es sobrevivir al sufrimiento, sobrevivir incluso a la muerte, lo difícil es volver de entre los muertos para contarlo, para cantarlo.²⁴

Y, de hecho, Valente regresa de la muerte metafórica del exilio para contar todo lo que ha aprendido sobre la palabra y para cantar que en los límites de la ciudad comienza a encontrarse la verdad en la poesía y, por extensión, en la vida y en el mundo.²⁵ Por todo esto, el anonimato que experimentó Valente en el Madrid de la década de los cincuenta fue el mecanismo que otorgó al orensano la intimidad necesaria dentro de la ciudad para gestarse su conciencia individual como intelectual y poeta, como también, para caer en la cuenta de que ese espacio intersticial entre el hombre y la ciudad debía ser más amplio para poder completar la exploración poética que estaba emprendiendo. Valente asumió la ausencia y la no presencia perennemente a lo largo de su vida para evitar la redundancia de una palabra que es eco repetido y que no contiene significado. Retomando a Gracián, reflexiona Valente:

Aforismo clave: «110. *No aguardar a ser sol que se pone*. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer, que tal vez el mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube porque no le vean caer, y deja en suspenso de si se puso o no se puso».²⁶

El tiempo y el siglo son muy crueles con el poeta²⁷, al que apenas le queda la escapatória de retirarse a una nube para dejar en suspenso si está o no. Y es evidente que el poeta que se queda en la ciudad tiene que dejar de ser poeta en algunos momentos si quiere sobrevivir al tiempo que le toca vivir. Sin embargo, el poeta que sale de la ciudad encuentra la ausencia de tiempo o se topa con un tiempo que no discurre en los ejes convencionales. Se podría decir que el poeta que sale extramuros de la ciudad se sitúa en una temporalidad diferente o, mejor

(24) PARDO, José Luis, *Fragmentos de un libro...*, pág. 53.

(25) Escribe Goytisolo: «Valente nunca buscó el compadreo, sino la soledad: la gloria de los muertos»; GOYTISOLO, Juan; AGUINAGA, Luis Vicente (eds.), *Ensayos...*, pág. 71.

(26) VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 274.

(27) Escribe Valente: «21 DE MARZO DE 1990. A veces veo escrita la palabra poeta y me produce horror» (VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 267).

dicho, se encuentra en una atemporalidad que le permite una suerte de omnímoda presencia por todos los rincones de la ciudad. Sobre la relación del poeta con el tiempo, escribe Goytisolo:

El verdadero poeta sobrevive a la época y perdura en la memoria de sus lectores futuros.²⁸

Sobre esta *inmortalidad* del poeta que postula Goytisolo respecto al tiempo y a la época que el poeta vive, José Ángel Valente escribe lo siguiente:

9 DE FEBRERO DE 1991. [...] El tiempo del escritor no es el tiempo de la historia. Aunque el autor como persona humana pueda ser triturado por ella.²⁹

Esta lección que vivió Valente y a la que tuvo que sobrevivir pone de relieve que el escritor es la persona que físicamente se ausenta de la ciudad para permanecer eternamente en la palabra poética. Sin embargo, el autor o la persona humana queda en la ciudad como un residuo que abrasado por la fugacidad de la historia se deshace como pavesas frente al maltrato que el siglo otorga al poeta que busca la independencia en el decir y en el hacer. A este respecto, añade Goytisolo sobre Valente:

Su largo exilio de España y el distanciamiento de los centros de poder académicos o institucionales le permitieron una independencia de criterio imposible en la península [...]

Valente era una notable excepción en un país en el que, como en tiempos de Larra, una cosa es lo que se piensa, otra lo que se dice, otra lo que se escribe y otra aún lo que por *a* o por *b* sale publicado. Su renuncia a sumarse a la gritería elogiosa y su fidelidad a la ética del lenguaje le valieron la fama de arisco y antipático, de agrio perturbador del consenso.³⁰

Por supuesto, la práctica de la independencia no es gratuita dentro de los límites de la ciudad y le cuelga un estigma negativo a quien utiliza la palabra con libertad y sin mediaciones históricas o sociales. Despojarse del tiempo implica morir para la tribu y convertirse en un ser ajeno al mundo de los vivos. Al cruzar la frontera de la ciudad, Valente se convirtió en un proscrito del convencionalismo y esa etiqueta le acompañó toda su vida y, además, fue el arma que más veces se ha utilizado en contra de la fama y del respeto que el poeta orensano suscitó en vida, pues tras su muerte, Valente reingresó en el tiempo y aceptó su mortalidad. Acaso su verbo queda intocable en su obra literaria y fuera del alcance de los intereses y fines redundantes de los que huyó en su vida y de los que permanecerá a salvo

(28) GOYTISOLO, Juan; AGUINAGA, Luis Vicente (eds.), *Ensayos...*, pág. 72.

(29) VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 286.

(30) GOYTISOLO, Juan; AGUINAGA, Luis Vicente (eds.), *Ensayos...*, pág. 70.

en la ausencia y el silencio de la muerte física, que le ha conducido a la presencia perpetua dentro de la ciudad.

En el marco de todo lo expuesto más arriba, hay que poner la atención en una composición de *Poemas a Lázaro* (1960) que se titula *A don Francisco de Quevedo, en piedra* y que recupera la figura madrileña del poeta de la casa de Osuna con la que Valente se identifica para hacerse presente dentro de la ciudad desde su ausencia. En este sentido, es muy importante centrarse, también, en el concepto de anonimia en la poesía de Valente, tal y como indica Andrés Sánchez Robayna:

La noción de anonimia interesó a Valente de manera muy viva y constante desde los años de su juventud. Entre los muchos ejemplos que podrían aquí aducirse, me limitaré a recordar unas expresivas líneas de un texto de 1980 en las que se lee: «El escritor es en rigor anónimo. No se le reconoce por su vida. En realidad, su vida se ha desconocido siempre. [...]». El motivo o tema de la identidad reaparece, como es sabido, en la obra poética de Valente, una obra en la que el *yo* es una y otra vez cuestionado o impugnado; el rostro de ese *yo* es, según un poema de *A modo de esperanza*, una «máscara de nadie».³¹

Sirviendo como presentación la perspectiva marcadamente anónima que Valente proyectaba sobre la vida real del *yo* del poeta a través de esa «máscara de nadie» que en el siguiente poema será «máscara de piedra», déjese la palabra al poeta orensano³²:

(31) SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, en VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, págs. 10-11.

(32) Para indagar sobre aspectos métricos y formales, acúdase a Martínez Cantón, Clara Isabel, «Métrica de José Ángel Valente: Análisis de *A modo de Esperanza* y *Poemas a Lázaro*», *Especulo*, 39 (2008), disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero39/valente.html> (consultado el 02/10/2012).

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO, EN PIEDRA³³

«cavan en mi vivir mi monumento»

Yo no sé quién te puso aquí, tan cerca
–alto entre los tranvías y los pájaros–
Francisco de Quevedo, de mi casa.

Tampoco sé qué mano
organizó en la piedra tu figura
o sufragó los gastos,
los discursos, la lápida,
la ceremonia, en fin, de tu alzamiento.

Porque arriba te han puesto y allí estás
y allí, sin duda alguna, permaneces,
imperturbable y quieto,
igual a cada día,
como tú nunca fuiste.

Bajo cada mañana
al café de la esquina,
resonante de vida,
y sorbo cuanto puedo
el día que comienza.

(33) Sobre este poema comenta Vicente Molina Foix: «Rara vez un escritor tiene una buena estatua y un buen poema sobre la estatua. Es el caso de don Francisco de Quevedo. Ha cambiado, si no recuerdo mal, de emplazamiento más de una vez en la glorietta que lleva su nombre, pero lo que escribió José Ángel Valente mantiene el mismo valor de evocación y alegato que tuvo el poema publicado por vez primera en 1960. Valente imagina en sus versos que don Francisco se descuelga por las noches del alto podio y, dejando allí su máscara pétrea, recorre el Madrid dormido, tienta las puertas tras las que “el hombre defiende como puede su secreta miseria”, llevándole el ánimo de su antigua voz no extinguida, pues “en el polvo / un ápice hay de amor que nunca muere”. Pero siempre que veo en una ciudad la estatua de un predecesor admirado, me inquieta lo que ya Valente recelaba del Quevedo en piedra alzado en su glorietta: “Imperturbable y quieto, / igual a cada día, / como tú nunca fuiste”. La piedra tallada y la intención conmemorativa fijan y congelan –por no decir que a veces desfiguran– a la persona vivaz, mudable, imperfecta que escribió lo imperecedero. Por eso, si el monumento acumula polvo o desidia, mejor visitar al enaltecido en su obra» (MOLINA FOIX, Vicente, «Estatuas frías», *El País*, 25/08/2006).

Desde allí te contemplo en pie y en piedra,
convidado de tal piedra que nunca
bajarás cojeando
de tu propia cojera
a sentarte en la mesa que te ofrezco.

Arriba te dejaron
como una teoría de ti mismo,
a ti, incansable autor de teorías
que nunca te sirvieron
más que para marchar como un cangrejo
en contra de tu propio pensamiento.

Yo me pregunto qué haces
allá arriba, Francisco
de Quevedo, maestro,
amigo, padre,
con quien es grato hablar,
difícil entenderse,
fácil sentir lo mismo:
cómo en el aire rompen
un sí y un no sus poderosas armas,
y nosotros estamos
para siempre esperando
la victoria que debe
decidir nuestra suerte.

Yo me pregunto si en la noche lenta,
cuando el alma descende a ras de suelo,
caemos en la especie y reina
el sueño, te descuelgas
de tanta altura, dejas
tu máscara de piedra,
corres por la ciudad,
tientas las puertas
con que el hombre defiende como puede
su secreta miseria

y vas diciendo a voces:
–Fue el soy un será, pero en el polvo
un ápice hay de amor que nunca muere.

¿O acaso has de callar
en tu piedra solemne,
enmudecer también,
caer de tus palabras,
porque el gran dedo un día
te avisara silencio?

Dime qué ves desde tu altura.
Pero tal vez lo mismo. Muros, campos,
solar de insolaciones. Patria. Falta
su patria a Osuna, a ti y a mí y a quien
la necesita.

Estamos
todos igual y en idéntico amor
podría comprenderte.
Hablamos
mucho de ti aquí abajo, y día a día
te miro como ahora, te saludo
en tu torre de piedra,
tan cerca de mi casa,
Francisco de Quevedo, que si grito
me oirás en seguida.

Ven entonces si puedes,
si estás vivo y me oyes
acude a tiempo, corre
con tu agrio amor y tu esperanza –cojo,
mas no del lado de la vida– si eres
el mismo de otras veces.³⁴

(34) VALENTE, José Ángel, *El vuelo alto y ligero*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, págs. 107-109.

CALVO RODRÍGUEZ, José Andrés, «A don Francisco de Quevedo, en piedra. Noción de ciudad y Quevedo como emblema madrileño en la lírica de José Ángel Valente» *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* (Madrid), LI (2011), págs. 417-434.

Antes de pasar a otras consideraciones, hay que destacar la presencia de la poesía de Quevedo en el texto de Valente.³⁵ El *incipit* con que se abre la composición es el último verso del famoso soneto de Quevedo titulado *Signifícase la propia brevedad de la vida, sin pensar y con padecer, salteada de la muerte*, cuyo primer verso es pródigo recordar: «Fue un sueño ayer, mañana será tierra». También, parafrasea Valente los dos últimos versos del soneto de Quevedo *Amor constante más allá de la muerte*. Donde se podía leer en el clásico: «serán ceniza, más tendrá sentido; / polvo serán, más polvo enamorado». Valente escribe: «—Fue el soy un será, pero en el polvo/ un ápice hay de amor que nunca muere». Asimismo, Valente con el verso «en tu torre de piedra» hace un guiño intertextual al soneto de Quevedo titulado *Desde la torre*. También, Valente parafrasea el soneto de Quevedo *Miré los muros de la patria mía* en esta estrofa de su poema a Quevedo: «Dime qué ves desde tu altura./ Pero tal vez lo mismo. Muros, campos,/ solar de insolaciones. Patria. Falta/ su patria a Osuna, a ti y a mí y a quien/ la necesita». Por supuesto, destaca la presencia de ese gran dedo que aparece en la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, en su valimiento*. Pero, en general, parece que Valente tiene presente el opúsculo *Su espada por Santiago*, dirigido al conde-duque de Olivares y acompañado de una carta a este, donde Quevedo menciona la torre, su cojera y su ceguera (pues el poeta orensano vincula ver con no hablar, estableciéndose una suerte de ceguera similar a la del ultramundo grecolatino, cuando se arrebataba la palabra y la capacidad de reconocer visualmente a los parientes, una vez que se había atravesado la Estigia), del mismo modo que Valente recupera estos iconos para retratar a Quevedo y situarlo en Madrid a través de su figura esculpida en piedra. Muy importantes son unas palabras de Quevedo en la epístola que acompañó a la obra a favor del patronato de Santiago:

*Nunca me vi más acompañado que ahora que estoy sin otro. Puedo estar apartado, mas no ausente; y en soledad, no solo. El que sabe estar solo entre la gente, se sabe solo acompañar.*³⁶

(35) Para ahondar en mayores conexiones de intertextualidad entre Quevedo y Valente, acúdase a FERRÁN, Jaime María, «Historia y disidencia...», págs. 55-57: «Todo el poema está lleno de referencias a la obra quevediana. Valente, sin embargo, no cita versos enteros, sino que introduce palabras clave de algunos poemas. Hay una referencia, por ejemplo, a la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres de los castellanos, escrita a don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, en su valimiento* (pág. 55) [...] Otro poema intercalado es el Salmo XVII de *Heráclito cristiano* [...] Estas referencias intertextuales sirven para resaltar el paralelismo histórico sobre el cual está desarrollado el poema a la estatua (p. 56) [...] Esta preocupación generacional por temas éticos hace que la poesía de Quevedo sea relevante, y Valente lo deja muy claro en una estrofa final del texto en la que confiesa que se habla mucho del escritor» (pág. 57).

(36) LOZANO CABEZUELO, José María, «Francisco de Quevedo desde la Torre de Juan Abad», disponible en: http://www.franciscodequevedo.org/index.php?option=com_content&view=article&id=935 (consultado el 15/05/2012).

Y bien importantes son estas palabras para enmarcar el concepto de autoría en Valente, pues como ya se ha indicado más arriba, el poeta orensano concibe la ausencia física de la ciudad como la mejor manera de asegurarse una presencia literaria. Y, si para Quevedo la soledad y el estar sin otro son la mejor manera de proyectar el yo en la ciudad, en la lírica de José Ángel Valente sucede exactamente lo mismo, porque Valente se reafirma como escritor y autor cuando se marcha de Madrid en 1955. Así, añade Sánchez Robayna:

La noción de anonimidad es, pues, central en esta obra, y aparece ligada siempre a la idea de identidad y aun a la de otredad.

»Puede verse aquí de qué estrecho modo la experiencia personal y su anonimidad están ligadas para Valente a la idea de tradición y aun a lo que llama «el potencial expresivo universal», elementos decisivos en la creación poética.³⁷

Y, efectivamente, así sucede en la construcción de este poema a Quevedo, pues Valente diluye su yo poético en las alusiones literarias a Quevedo como remanso de la tradición lírica castellana, como también, en las alusiones históricas a la vida de Quevedo en Madrid en los años veinte del siglo XVII y concretamente hacia 1628, momento en que Quevedo escribe *Su espada por Santiago*, en pleno reinado de Felipe IV y en alto apogeo del Conde-Duque de Olivares, su valido. En este sentido, Valente maneja, como artificio tacitiano, la *similitudo temporum* para equiparar la época de Quevedo con la suya³⁸ y, por extensión, la persona de Quevedo con la suya propia. Además, este mecanismo de creación lo recibe ya del mismo Quevedo que en la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, en su valimiento*, también establece una *similitudo temporum* a raíz de un aforismo de Tácito que parafrasea en su Epístola satírica:

Rara temporum felicitate, ubi sentire quae velis, et quae sentias dicere licet
¡Qué poco común la suerte de estos tiempos en que se puede pensar lo que se quiera y que se permite decir lo que se piensa! (Publio Cornelio Tácito, *Historias*, I, 1). El historiador Tácito hacía esta manifestación aludiendo al paréntesis de bonanza política en Roma bajo el gobierno de Nerva y de Trajano. El escritor español Francisco de Quevedo parafraseó la frase:

No he de callar por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.

(37) SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, en VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, págs. 11 y 12.

(38) Para una mayor información sobre este mecanismo de creación, acúdase a: CALVO RODRÍGUEZ, José Andrés, «Comentario de “Una inscripción”: el tacitismo valentiano», *Myrtia*, 26 (2011), págs. 265-288.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?³⁹

Inevitablemente, el proceso de anonimía en la poesía de Valente es tan acusado que, incluso, le lleva a proyectar su momento histórico en la época de Quevedo para poder, así, adueñarse de su presente histórico y poder tomar conciencia de su yo temporal en los límites cronológicos que le marcaba la ciudad de Madrid en los años 50, donde, al parecer, Valente sentía una censura en el decir y en el palpitar de la palabra que, como intelectual, ya había observado en el Madrid de la época de Quevedo y de aquel tiempo se apodera Valente para criticar su presente vital e histórico. Lo que ya parece muy acentuado en este poema de Valente es la necesidad que tenía el orensano de distanciarse con su mundo más cercano para poder tomar posesión de su yo como escritor y de su yo como poeta español en tiempo de miseria. Así, exponía Valente sobre la construcción del sí mismo:

¿Hacer un autorretrato? ¿Retratarse, retratar al sí mismo? Pero el sí mismo sólo es visualizable por oposición a otro. [...]

Para retratarse hay que mirarse a sí mismo. Pero cuando trato de mirar a un presunto mí mismo, siempre veo a otro y, por lo general, no suelo reconocerme [...] El sí mismo se descubre como otro y, al término de esa cadena de sucesivos descubrimientos, descubre la desnuda verdad: «Comprendí en un relámpago íntimo que no soy nadie. Nadie, absolutamente nadie», escribieron [...] Bernardo Soares y Fernando Pessoa. Ser nadie es la sucesión reflejada del otro o de los otros. Nadie era el prudente Odiseo y ser Nadie *le permitió sobrevivir*⁴⁰.

Resulta muy significativo el recurso a ser nadie que establece Valente como medio de sobrevivir en el entorno urbano. De hecho, Valente achaca a Quevedo ser inventor de teorías que le hicieron caminar como un cangrejo y en contra de su propio pensamiento, llegando, incluso, a quedar petrificado como una teoría de sí mismo. Obviamente, Valente censura el afán de notoriedad urbana que tenía Quevedo y, por extensión, el mismo Valente en el Madrid de los años 50 por efecto del mecanismo de la *similitudo temporum*. En este sentido, advierte Valente:

(39) Tácito, disponible en: <http://latin.dechile.net/?Tacito> (consultado el 15/05/2012).

(40) VALENTE, José Ángel, «Boceto improbable», ABC Literario, 05/08/1994, pág. 15.

25 DE ENERO DE 1990.

Primero: no tener personaje.

Segundo: no depender jamás en nada como depende el político o, en general, el hombre público del personaje posible, del personaje que alguien le adjudica a uno, aunque uno no lo haya engendrado.⁴¹

Sin duda, Valente nos muestra en su diálogo con la estatua de Quevedo y, por tanto, en su monólogo interior consigo mismo, que en el ámbito urbano la ausencia asegura la presencia literaria y que ser nadie te otorga una personalidad literaria con la que se puede sobrevivir a la teoría de sí mismo que el escritor anhela y, en definitiva, para que el autor pueda sobrevivir a lo vivido trascendiendo los límites temporales de su yo físico en la inmortalidad de su obra literaria.

Si Valente alude a la máscara de nadie, como única manera de sobrevivir a lo vivido, Quevedo desde su pedestal sueña con despojarse de la máscara de piedra con la que ha sido petrificado por sus conciudadanos, para que permanezca físicamente como teoría de sí mismo en los límites del espacio urbano.

Indudablemente, la ciudad de Madrid aparece en la historia como una urbe donde política y cultura van de la mano. En este sentido, y como expone Valente en su poema a Quevedo, en Madrid los poetas a menudo se tienen que apagar de su palabra para entrar en el tiempo de la ciudad y ser hombres que físicamente viven a la sombra del yo que les otorga la ciudad, convirtiéndose en un eco redundante de su propio pensamiento. Pero, también hay poetas como Quevedo, como Cervantes, como Valente, que rechazan la máscara que les otorga la ciudad y abandonan los muros de la urbe para que su ausencia física sea una presencia literaria eterna a la que la ciudad, por su parte, limita temporal y físicamente con el monumento en piedra a los poetas ausentes. La ciudad les otorga una máscara de piedra póstuma para confinarlos intramuros del espacio urbano. Si en vida, se ausentaron y se manifestaron en la palabra poética; la muerte les devuelve a la temporalidad y a los límites urbanos en la presencia de la estatua en piedra. Monumento a la ausencia. Homenaje a su presencia. Máscara de nadie en piedra.

(40) VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo...*, pág. 264.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CALVO RODRÍGUEZ, José Andrés, «Comentario de “Una inscripción”: el tacitismo valentino», *Myrtia*, 26 (2011).
- FERRÁN, Jaime María, «Historia y disidencia: el poema a la estatua de Quevedo de José Ángel Valente», *Romance Notes*, 49, 1 (2009), págs. 53-60.
- GOYTISOLO, Juan; Aguinaga, Luis Vicente (eds.), *Ensayos sobre José Ángel Valente*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2009.
- JIMÉNEZ CARRERAS, Josefina (ed.), *Cartas desde una soledad. Epistolario: María Zambrano, José Lezama Lima, María Luisa Bautista, José Ángel Valente*, Madrid, Verbum, 2008.
- LOZANO CABEZUELO, José María, «Francisco de Quevedo desde la Torre de Juan Abad», disponible en:
http://www.franciscodequevedo.org/index.php?option=com_content&view=article&id=935
- MARTÍNEZ CANTÓN, Clara Isabel, «Métrica de José Ángel Valente: Análisis de *A de Modo de Esperanza* y *Poemas a Lázaro*», *Espéculo*, 39 (2008), disponible en:
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero39/valente.html>
- MOLINA FOIX, Vicente, «Estatuas frías», *El País*, 25/08/2006.
- PARDO, José Luis, *Fragmentos de un libro anterior*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2004.
- RODRÍGUEZ FER, Claudio, «José Ángel Valente: “No creo que yo exista completamente”», *ABC Cultural*, 22/07/2000.
- TÁCITO, disponible en: <http://latin.dechile.net/?Tacito>.
- VALENTE, José Ángel, «Boceto improbable», *ABC Literario*, 05/08/1994.
- VALENTE, José Ángel, *Diario anónimo (1959-2000)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- VALENTE, José Ángel, *El vuelo alto y ligero*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998.
- VALENTE, José Ángel; LEZAMA LIMA, José, *Maestro cantor: correspondencia y otros textos*, Sevilla, Espuela de Plata, 2012.